

OLAVIDE, TESTIGO EXCEPCIONAL DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

FRANCISCO TUBÍO ADAME
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

El 25 de febrero de 1803, a primeras horas de la tarde, entregó su alma a Dios en la ciudad de Baeza don Pablo de Olavide y Jáuregui, después de haber recibido la extremaunción de manos del propio Obispo de Jaén. Habían pasado 78 años y un mes desde que otro día 25, pero de enero de 1725, viera la luz primera en la lejana ciudad de Lima, capital del virreinato del Perú.

En la tarde del día siguiente, sus restos, amortajados con el manto de la Orden de Santiago, recibieron sepultura en la iglesia de San Pablo de dicha ciudad, y aunque había dispuesto en su testamento:

“Quiero y mando que mi cadáver se sepulte en la dicha Yglesia del Señor San Pablo mi parroquia, o en la de que fuese feligrés a el tiempo de mi fallecimiento, mui simplemente sin ninguna distinción ni pompa, prohibiendo como expresamente prohibo el que haia música, en los oficios funerales que se me agan ni ningún otro aparato”.



Retrato de Olavide de autor desconocido. Biblioteca N. Lima.

Su prima doña Tomasa de Arellano, marquesa viuda de San Miguel de la Vega, heredera universal, y una de sus tres albaceas, tal vez dejada llevar del mucho aprecio y respeto que le tenía a su primo, dispuso todo lo contrario. A la ceremonia fúnebre asistieron como es notorio la Santa Cruz, los clérigos de dicha parroquia, las cinco comunidades de los conventos de San Francisco de Asís, santo Domingo, Trinitarios Calzados, de San Francisco de Paula y Nuestra Señora de las Mercedes y la capilla de música de la Santa Iglesia Catedral, presidido dicho entierro por el Sr. Corregidor de nuestra ciudad, con paradas y responsos .

De esta forma concluía la azarosa vida de quien había puesto en marcha la colonización de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía.

Entre muchas y extraordinarias ofrendas, el destino brindó a Pablo de Olavide el privilegio de haber sido testigo y actor en las diversas fases de la Revolución Francesa. Educado en su ciudad natal, Lima, y precozmente graduado de doctor en “ambos derechos” (el civil y el canónico) en la Universidad de San Marcos, la más antigua del continente americano, actuó seguidamente como el más joven oidor de la Audiencia de la capital del Virreinato del Perú, cargo que le costó a su padre un donativo a la Corona de 32.000 pesos de plata.

En octubre de 1746 acaeció en Lima y Callao un catastrófico terremoto, registrado como pavoroso en la historia colonial de la América Meridional. Para levantar la ciudad de sus ruinas y reconstruirla, la autoridad virreinal escogió a Olavide como hombre de dirección e iniciativa. Pero en el desempeño de su misión, su diligencia y su celo provocaron reacciones adversas y críticas severas de mala administración.

Agobiado por los cargos en su contra, Olavide viajó a España en 1750 para explicar su conducta. Al cabo de un lento proceso, obtuvo sentencia real de perdón y olvido. Pudo entonces , gracias a su capacidad, rehacer su vida pública cerca del rey Carlos III y obtener mercedes importantes y cargos de confianza. Para rehabilitar su desmedrada hacienda personal, hubo de casarse con Isabel de los Ríos, rica viuda que le entregó toda su fortuna de seis millones de reales. De esta boda escribía un peruano residente en Madrid:

“ Olavide, que ha de vivir siempre de novela, se ha casado con una mujer dos veces viuda; dicen que ha hecho capital de trescientos mil pesos fuertes; el que menos le da a ella, cincuenta años, aunque todos coinciden que está fresca. Dicen que algunos, anotan mordazmente, que hacen una linda pareja; ella calva con peluca, y él sin dientes, con una dentadura postiza que se le mueve al discutir”.

Viajó a Francia y trajo de allí libros, aficiones e ideales reformistas. Abrió en su casa de Leganés un salón literario, especialmente dirigido a renovar la orientación del teatro. Tradujo al efecto piezas francesas del teatro clásico y otras modernas (Mercier, Sedaine, Racine). Atendió por encargo real obras en beneficio del pueblo y a favor del orden ciudadano.



Muelle del Puerto del Trigo de París, 1782. Museo del Carnaval de París.

Más adelante, su influencia fue ganando terreno con nombramientos significativos e importantes como los de Asistente de Sevilla y Superintendente de las nuevas poblaciones de Andalucía para el efecto de realizar la ley agraria y la colonización. En Sevilla puso celo reformista en la modernización de la ciudad, en las distracciones públicas, en la construcción de nuevos edificios y vías de comunicación y en la erradicación de hábitos nocivos y costumbres vetustas e impropias. Elaboró los proyectos de reforma de la Universidad y reforma agraria mientras creaba en Andalucía las nuevas poblaciones para albergar colonias de nacionales y extranjeros encargados de implantar sembradíos en zonas antes desérticas. Tales planes y realizaciones, elogiadas por los liberales europeos, crearon resistencia de grupos conservadores afectados, quienes lograron con sus denuncias que el Tribunal de la Santa Inquisición le abriese proceso por leer libros prohibidos y llevar conducta contraria a la fe católica y a las buenas costumbres. El proceso cobró proporciones impresionantes, sobre todo en los medios europeos progresistas que proclamaron a Olavide mártir de la libertad de pensamiento. Una sentencia lo condenó a ocho años de prisión que debió cumplir en monasterios aislados e insalubres. Ayudado por amigos poderosos, Olavide logró huir a Francia en 1780.

Desde entonces reside por segunda vez entre Toulouse, Ginebra y París, ciudad que se encontraba en todo su esplendor en la corte rococó de Luis XVI, ocultando su verdadera identidad para evitar su extradición bajo el nombre del Conde de Pilos, caballero del Perú. Frecuenta amigos de la nobleza ilustrada y de autores notables como los enciclopedistas, Diderot, D'Alembert, Condorcet y Marmotel. Vive con fausto pues goza de holgada situación económica. La fortuna de su esposa, que había colocado en el ayuntamiento de París, y algunos prósperos negocios, le permiten alternar con influentes aristócratas. Da muestras de su afición a la lectura, a la tertulia intelectual y al

juego de cartas, frecuentando los salones del Conde Dufort de Cheverny, del señor de Moley y de Madame du Barry, la ex amante de Luis XVI. Una aureola de pensador y hombre culto ingenioso lo hace atractivo, al punto que se interesa por él Catalina II de Rusia, gracias a su amistad con el Barón Grimm, al que escribe tras haber perdido Olavide algún dinero en una operación de crédito con un falso prestamista. Catalina dice a Grimm:

“ Si el señor Olavide no tiene dinero y usted tiene mío, déle cuanto juzgue necesario”.

También artistas y sabios quieren mantener relaciones con él, tales como el explorador La Pérouse y Francisco Mesmer, autor de la teoría del magnetismo y de otros hallazgos de gran resonancia en su época. Pablo de Olavide participa de sus experimentos en el castillo de Cheverny, centro de reunión de aristócratas “realistas”. Organiza representaciones de obras célebres como “El mágico prodigioso” de Calderón de la Barca. Alterna esas tertulias con visitas al castillo de Malmaison, adquirido por el Conde de Moley, donde se reúnen aristócratas de otro sector, los “patriotas”, esto es, reformistas, donde pudo alternar con el famoso abate Delille y el norteamericano Morris.

Algunos de estos contertulios llegarían a ser actores o testigos de la gran revolución que se incubaba y que estallaría en julio de 1789. Olavide fue consciente de que le tocaría asistir a un trascendental acontecimiento histórico, cuando llevaba ocho años en París; parecía, actuaba y pensaba como un francés del viejo régimen. Su vida comenzó de nuevo a tambalearse hasta venirse abajo completamente. Y se asustó como demuestran sus propias palabras:

“Estaba en París cuando vi nacer la espantosa revolución que, en poco tiempo, ha devorado uno de los más hermosos y opulentos reinos de Europa. Yo fui testigo de sus primeros trágicos sucesos, y viendo que cada día se encrespaban más las pasiones y anunciaban desgracias más funestas, me retiré a un lugar de corta población. Mi designio era ocultarme la vista de objetos tan terribles, y apartarme de los peligros y de las contingencias; mi deseo, vivir ignorado, repasar en la amargura de mi corazón los ya pasados días de mi vida y meditar los años eternos. Mas, ay, la discordia, el desorden y las angustias se habían apoderado hasta de los rincones más ocultos, y no quedaba asilo para la paz del alma”.

Veía y fue consciente de que le tocaría asistir a un trascendental acontecimiento histórico. Vivía en París durante los primeros meses. Luego, para apreciar más de cerca los acontecimientos, se trasladó a Versalles. Pero cuando Luis XVI fue confinado en las Tullerías se marchó nuevamente a París, donde permaneció hasta 1791, siendo así testigo excepcional de todo el proceso inicial de la revolución y de los excesos de la desenfadada radicalización y de las ejecuciones de enemigos y sospechosos. La violencia lo horrorizó. Pero participó en un comienzo como adherente al ideal reformista en la Delegación de los proscritos y asistió a la Asamblea Constituyente como un “español”. También lo hizo en la solemne fiesta de la Federación, pero al recibir y comprobar las “funestas” noticias acerca de la violencia en todo el país, de las devastaciones, ejecuciones y reacciones contra la religión, su actitud fue cambiando, sobre todo cuando se produjo la ejecución del Rey y la familia real y miembros destacados de la nobleza. Olavide se refugia en el castillo de Meung desde 1791. Aun muestra cierta “adhesión exterior a los nuevos principios”, dada su afición al bien común. Así, colabora con las autoridades locales de su refugio en obras de caridad, en organización de casas de socorro y talleres de manufacturas de paños para los pobres. Fue nombrado también administrador de la Casa de Socorros que él mismo impulsó, e incluso figuró como un ciudadano francés que, en muchas parcelas de lo visi-

ble, había abrazado la causa nacional desfilando incluso como miliciano en el aniversario de la toma de la Bastilla.

No obstante, en razón de sus antiguos vínculos con la nobleza y su actitud un tanto vacilante entre el nuevo y el antiguo régimen, empezó a sufrir la acción vigilante de las autoridades sufriendo un gran revés al saber que sus rentas le habían sido incautadas al ser nacionalizados todos los capitales que la nobleza y extranjeros tenían invertidos en el Ayuntamiento de París. Esto último lo llevó a reclamar a la Convención, alegando sus títulos de antiguo proscrito, de haber sido declarado por la misma “hijo adoptivo de la República”. Pero le sigue afectando en 1793 la ley que estableció comités de vigilancia contra extranjeros sospechosos con la amenaza de expulsión viable sobre aquellos súbditos de países que, como España, estaban en guerra contra Francia. Según expone su más ilustrado y notable biógrafo Marcelin Defourneaux, su defensa es respaldada en su condición de “nacido en América Meridional”, de “colonizador” en España, perseguido por la Inquisición, naturalizado en Francia y el haber jurado la Constitución de 1791. Así lo manifiesta:

“Yo que, nacido español, he roto los cerrojos de las cárceles de la Inquisición, que he huido con horror de aquella tierra de opresión y de tiranía para venir a vivir en la tierra de la Igualdad y Libertad, ¿será posible que me contéis en el número de extranjeros, cuyos bienes con justa razón habéis secuestrado? ¿Es por ventura extranjero quien antes y después de la Revolución ha cumplido con exactitud todos los deberes de buen ciudadano?”.

A pesar de esos argumentos, fue objeto en 1794 de una orden de prisión, considerada la antesala de la guillotina. Gravitan, a pesar de todo, los antecedentes de amigos suyos como madame de Barry, el poeta Plonché, el barón de Frenck, y algunos más vinculados con la monarquía abolida. Era el momento de auge de Robespierre y el desencadenamiento de una corriente radical. Olavide no desmayó y elevó una petición de amparo con abundantes firmas de los habitantes de Meung favorables a su conducta. Afortunadamente, hubo de caer pronto Robespierre y la apelación de Olavide obtuvo acogida positiva. Se anula la orden de prisión y se levanta la confiscación de sus bienes en octubre de 1794, acogiéndose la confiscación al hecho probado de que Olavide era “nacido en Lima”, ciudad del Perú y ciudadano francés desde 1780. Es indudable que contribuyó a esta decisión la simpatía que en la provincia francesa había despertado su conducta generosa y la cordial filantropía en beneficio de los necesitados en época de crisis nacional. En 1795, verdaderamente angustiado por lo vivido en los últimos meses, decidió marcharse de Meung al castillo de Cheverny en la región de Blésois, junto con su amigo Dufort también liberado milagrosamente de la guillotina, donde reside hasta 1798. Serán los años de creación más intensos. Escribe entonces los cuatro volúmenes del *Evangelio en triunfo* (publicado en 1797, por Luis Urbina, Capitán General de Valencia) y gran parte de sus diecisiete novelas corta, además de *El testamento del filósofo*. Parece que entre 1797 y 1798 estuvo vinculado a las tratativas mantenidas por el venezolano Francisco de Miranda, con el norteamericano John Q. Adams, el inglés William Pitt y el exjesuita peruano Juan Pablo Viscardo y Guzmán, para elaborar un plan destinado a lograr la independencia de Hispanoamérica.

A raíz de la edición de *El Evangelio en triunfo* y merced a las gestiones realizadas por D. Luis de Urbina, esposo de Gracia de Olavide, eleva un escrito al rey Carlos IV para regresar a España. El Rey lo aceptó y permitió su retorno y le concedió una pensión para resarcirlo de la pérdida de su patrimonio en su forzado retiro a Francia. Vuelve a España y se establece en Baeza desde 1798, donde falleció muy activo todavía.

La vida de Olavide mostró una intensidad y una sugestión extraordinaria. Su trayec-

toria conoció grandes triunfos y otras tantas desventuras. Su vida no se desenvolvió con un ritmo parejo. A sus momentos triunfales de Lima, en plena juventud, siguió después de 1748 el proceso de malversación que lo llevó a Madrid. A sus extraordinarios y grandes éxitos durante el gobierno de Carlos III en España entre 1767 y 1776 como Asistente de Sevilla y Superintendente de la colonización de Sierra Morena y Andalucía, siguió el proceso inquisitorial y la prisión. A su proclamación como mártir de la libertad de pensamiento y su reconocimiento en Francia como ciudadano de honor en los tiempos revolucionarios, adviene su persecución como sospechoso y su refugio en las provincias, donde al fin, empobrecido, pudo vivir tiempo antes del regreso discreto a España.

En la agitada vida del Superintendente de las nuevas poblaciones hay dos momentos trascendentales en los que las circunstancias hacen que todo su bagaje ilustrado se transforme y pase a defender todo aquello que había combatido.

El primero fue en 1775, año en que murió Gracia de Olavide. Tan duro fue el golpe que, olvidando todas sus propuestas de reforma de las viejas costumbres, encontró refugio a su dolor en los usos tradicionales, mostrándonos su alma contradictoria cuando no su pensamiento encabalgado en la duda. Gracia murió en Baeza y hacia ella partió Olavide con su esposa Isabel y toda su familia. Antes había enviado a su fiel secretario Bernardo Darquea con un cura para que pudiera "hacer una buena confesión y salvar su alma".

Así le escribe:

"Sobre todo mira si, en uno de los intervalos en que Gracia está despejada, se la pueda insinuar que se confiese, pues aunque lo hizo, es en este caso conveniente repetir esta diligencia".

El entierro, en contra de lo que había predicado, fue solemnísimo; mandó abrir todos los conventos de la ciudad, cubrió de luto las calles, las campanas no cesaban de doblar, mandó decir cientos de misas por su alma en La Carolina, en Sevilla, en Madrid; pidió a su amigo Jovellanos que le dedicara una oda, la que mandó recitar, imprimir, repartir, aprender:

"¡Oh cruda muerte! Cómo en un instante
de la bella y admirable ninfa
todas las gracias, los encantos todos,
vuelves en humo".

Sonaron los órganos de las iglesias, repartió limosnas; en fin todo aquello que él mismo había considerado atrasado, impropio de los pueblos cultos, le pareció poco para aliviar su dolor, para manifestarlo y para tratar de mantener viva de alguna manera a su querida Gracia. Quizás un atavismo mantenido oculto, cargado desde su infancia, brotando desde las raíces profundas de su cultura barroca, afloraba ahora ante el hecho inapelable de la muerte. Es aquí donde el Olavide contradictorio, recogido en su dolor, se nos muestra quizás con mayor claridad: con toda su estampa de hombre de su tiempo, pero también con tanta historia, tradición y cultura a sus espaldas que le cuesta trabajo digerirlas y olvidarlas. Veinte años después cuando vio sobre él la sombra de la guillotina, volverá a sentir lo mismo y cambiar tanto, que le llevó a decir a un extrañado conocido:

"Se ha hecho devoto hasta un grado de asombro y con toda la beatería de la Iglesia Romana; es sin embargo un hombre al que los clérigos han echado de España por su religión, o mejor, por su ausencia de religión; un hombre que ha abandonado una inmensa fortuna por huir de las ceremonias externas. ¡Santo Dios, qué débil es el hombre, qué inconsecuente y miserable".

En el último volumen de *El Evangelio en triunfo* dedica cinco capítulos o “cartas” a explicar su propia experiencia como testigo y en parte actor pasivo de “la moderna Revolución” de Francia. Esas cartas fueron cuestionadas por la celosa censura española; no obstante, en ellas consta su desencanto con las ideas de Voltaire y Rousseau que habían alimentado sus arrestos reformistas de juventud. Analiza las causas, agentes y efectos del proceso revolucionario y el “gradualismo” de las reformas por la Asamblea Constituyente, por la Asamblea Legislativa, por la Convención y por la Comuna, presenta cómo va extremando cada vez más en el transcurso de ocho años (1789 a 1797) sus mandatos y decisiones de orden político, social y religioso. Hace un análisis racionalista del fenómeno social y religioso. Reprueba los excesos, la anarquía, el caos y la orgía revolucionaria, que llegó en ocasiones a tremendas injusticias, crímenes nefastos, profanaciones y persecuciones implacables. El desenfreno llevaba a límites inconcebibles. Olavide reacciona con indignación y clama contra la violencia. Aboga por un orden y la vuelta al imperio del cristianismo, tan maltratado por la Revolución en el vano empeño de exterminar las creencias tradicionales. El texto de las cartas censuradas se ha descubierto hace apenas unos años y sirve para justificar muchas páginas de su obra que parecían incoherentes o retóricas. Pero ya en el prólogo de *El Evangelio en triunfo*, Olavide explica su actitud frente al hecho histórico de tanto relieve en la época posterior y puntualiza: “Un destino tan triste como inestable, me condujo a Francia, mejor hubiera dicho me arrastró. Vi nacer en 1798 la Revolución y fui testigo de sus primeros y trágicos sucesos viendo que cada día se encrespaban más las pasiones y anunciaban desgracias más funestas, me retiré a un lugar de corta población. Mas ya la discordia, el desorden y las angustias se habían apoderado de los rincones más ocultos. Y agrega más adelante: “Cuanto más pienso en este inesperado suceso de Francia, tanto más me sorprende y me confundo. Nada podrá apaciguar tan repentino y absoluto trastorno, porque, señores no nos engañemos, esta Revolución no ha sido como ninguna de las otras pues ataca al mismo tiempo al “trono y al altar”.

Olavide atribuye estos crueles acontecimientos a dos causas, “una principal” y otra, “inmediata:

No era difícil conocer, que la causa de todo esto era el funesto influjo de los modernos sofistas. Muchos años antes con la licencia de los escritos se había multiplicado el número de sectarios; sobre todo entre las gentes de cierta clase, que con más fortuna y otra educación querían vivir a gusto de sus pasiones, y aspiraban a distinguirse por opiniones atrevidas. Pero aunque ésta fuese la causa principal, yo creí descubrir otra más inmediata en la ignorancia de los pueblos poco instruidos en su religión; nada enterados de los fundamentos que persuaden su divinidad, miraban con cierta indiferencia los graves daños que se les hacían.

El Evangelio en triunfo se editó inicialmente sin los capítulos o cartas claves que explican el propósito final del libro. Aun así, mutilado o incompleto, el libro tuvo un éxito editorial extraordinario. Menudearon las ediciones españolas y las traducciones al inglés, al alemán, al italiano, al portugués y al ruso. En un lapso de tiempo de casi medio siglo fue uno de los libros más difundidos en Europa y en América. Puede advertirse en él un claro parentesco con otro libro notable de la época, *El genio del cristianismo* de François René de Chateaubriand, aparecido por primera vez en 1802, y antecedente de Atal (1801). Dada la difusión alcanzada por la obra de Olavide, se sospecha que pudo haber conocido el escritor francés el texto del peruano y tomado algunas ideas o planteamientos para la elaboración de su obra destinada a exponer tesis similar. De no haber mediado tal acontecimiento, serían explicables las coincidencias, en razón de la semejante atención y finalidad propuesta por ambos autores: la reacción

contra el ateísmo.

El argumento del *Evangelio en triunfo* es el siguiente: Un filósofo, que ha llevado una vida de disipación y escándalos, tras una noche de libertinaje se entera de la muerte de su amigo Manuel, compañero inseparable de sus andanzas; esta impresión le lleva a retirarse a un convento donde entra en contacto con un religioso y después de dilatados coloquios vuelve a la fe; pero su conversión se consuma cuando descubre que su amigo Manuel no ha muerto sino que se ha retirado del mundo para expiar sus faltas; el filósofo una vez que ha salido del convento guía su conducta y la de sus familiares y allegados por los más estrictos principios de la moral católica.

El impacto de la gran revolución fue decisivo en el desenvolvimiento intelectual de Olavide y constituyó estímulo importante para orientar ideológicamente al último tramo de su trayectoria espiritual. La Revolución Francesa fue para él experiencia sugestiva y único campo experimental para llevar a la práctica ideas de reforma, motivo de reconocimiento para lograr su propia acción y también oportunidad de rectificación y de meditación acerca del serio compromiso de lograr la paz, la justicia, la libertad y el bienestar entre los hombres y también para variar el sentido y contenido de su obra posterior. Entonces surge un afortunado y original narrador de novelas cortas y morales que pasaron inadvertidas para la crítica de su época. Transcurridos dos siglos, se ha descubierto y publicado, resultando así Olavide el primer novelista de América, ya que su novela *Teresa o el terremoto de Lima* desarrolló una narración de ficción, en la que se mezcla una trama ficticia dentro de un marco histórico real.

BIOGRAFÍA UTILIZADA

Aguilar Piñal, Francisco: "Pablo de Olavide y Jáuregui". *Andalucía en la Historia*, nº 3. Septiembre 2003.

Estuardo Núñez Hague. Estudio preliminar a *Pablo de Olavide, Obras Selectas*, Lima, Banco de Crédito, 1987 (Biblioteca Clásicos del Perú 3).

Marchena Fernández Juan. *Pablo de Olavide, el espacio de la Ilustración y la Reforma Universitaria*. Sevilla, 2000.

Perdices Blas, Luis. *Pablo de Olavide (1725-1803) el ilustrado*. Editorial Complutense. Madrid, 1995.

Rodríguez Moñino, Rafael. *Don Pablo de Olavide y la ciudad de Baeza*. La Carolina, 1994.

Suárez Gallego, José María. *Las coplas del calvario de Pablo de Olavide y los pregones de Viernes Santo*. Guarromán, 1997.